

vida, y que el valor histórico de un edificio, puede estar también ahí, en su condición de escenario para determinadas manifestaciones de la actividad humana. Y eso puede ser en ocasiones más relevante que el propio interés específico de una arquitectura vista solo desde los estrechos límites de su disciplina.

En el caso del alcázar madrileño es evidente que, al margen de cual sea su mérito, las intervenciones arquitectónicas que se van sucediendo solo alcanzan su verdadero sentido cuando las contemplamos atendiendo al significado del edificio: un lugar donde la realeza se manifiesta y el poder se ejerce. Obras menudas, intrascendentes en otros contextos, pueden adquirir una nueva consideración y de ahí la importancia que tiene conocer cual fue el destino de los espacios, la ocupación y el uso que de ellos se hizo, cómo y por quien fueron habitados. Cosa en la que hasta ahora –hay que reconocer– no hemos conseguido avanzar demasiado.

Nuestro artículo empieza en octubre de 1615 cuando don Gaspar de Guzmán, tercer conde de Olivares, inicia su carrera política entrando al servicio del príncipe como gentilhombre de su cámara. El monarca había decidido reorganizar la casa de su heredero, un joven que con apenas 10 años de edad, acababa de ser desposado con la hermana del soberano galo. De hecho la corte se encontraba en Burgos camino de la frontera con Francia donde debía producirse el intercambio de princesas, pues si Isabel de Borbón venía a España, Ana de Austria la hermana mayor de Felipe, marchaba hacia París ya casada por poderes con Luis XIII.

No creo que a nadie de la familia real, privados y ministros le importara demasiado pasar una temporada lejos del alcázar madrileño. Hacía siete años que habían comenzado las obras de construcción de la nueva fachada -con las que la Villa madrileña agradecía al monarca su regreso de Valladolid-, y en aquel momento toda la delantera tanto la del cuarto del rey como la del de la reina eran un caos de grúas y andamios entre los que se afanaban maestros y oficiales. Había órdenes estrictas para que no se trabajara antes de las nueve, hora en que el rey se despertaba, a pesar del coste que significaba tener a la gente parada. Abajo, la plaza se veía colmatada por los talleres de cantería y carpintería, el aserradero del mármol, la fragua donde se trabajaba el hierro, los almacenes para los acopios de materiales y un sinfín de tenderetes y colgadizos que hacían casi imposible el acceso al palacio. Claro está que en las ocasiones especiales se ordenaba despejar, pero eso era siempre a costa de tener que escuchar todo tipo de protestas, seguidas de las consiguientes reclamaciones económicas [1].

La jornada real se aprovechó para reorganizar los aposentos del alcázar, algo necesario dada la nueva situación que se abría tras la boda del príncipe. Los cortesanos se reposicionaban, y las habitaciones del palacio eran plazas fuertes frente a las que se dirimían intereses y ambiciones. En lo

que a nosotros nos interesa, el Consejo Real y el de Estado que ocupaban el ala norte, la trasera del Patio de la Reina, se trasladaron justo debajo de las habitaciones del monarca, a las piezas del entresuelo del ala de poniente, la que miraba hacia el río. Estas crujiás componían uno de los aposentos nobles del alcázar, y en ellas se había alojado en su día a los príncipes de Bohemia, sobrinos de Felipe II, después al Archiduque Alberto, cuando vino de gobernador de Portugal y por último a los príncipes de Saboya [2]. Aprovechando el espacio desocupado por los consejos y en el resto del ala de palacio que miraba a levante, en el lado opuesto del alcázar, se dispusieron las nuevas habitaciones del príncipe y del duque de Lerma, su mayordomo mayor. Dos portadas de piedra berroqueña, se asentaron en noviembre de 1614, una en la nueva sala de la guardia del heredero, donde estaba el consejo real, y la otra, para su retrete, ya en la crujiá oriental. El resto son obras menudas que hablan de la adecuación de los espacios a sus nuevos usos: numerosas libranzas por trabajos de carpintería, atajos o tabiques y enyesados en ambos cuartos, el del príncipe y el del favorito, cuyos destinos parecen, al menos en este momento, anudados por la documentación.

Pienso que en las habitaciones del privado no debió alterarse demasiado la disposición dada en su día por Vega y Covarruvias cuando se construyó el patio de la Reina. Una única crujiá dividida por muros transversales que dejaban una secuencia de estancias, comunicadas por una enfilada de huecos junto a la fachada. Grandes chimeneas centraban los testers de las salas, repitiendo la disposición dada en la planta de arriba. Debajo del aposento de los patios había un piso de bóvedas, pues por esta parte el terreno caía hacia la antigua cava, así que sus huecos quedaban en alto, abiertos sobre la huerta de la Priora, disfrutando la buena luz de la mañana. Y si antes hablábamos de los ilustres personajes que residieron bajo las habitaciones del rey, en el ala de poniente, ahora podríamos recordar que en esta otra parte del palacio donde se va a aposentar Lerma, se alojó en su día Ruy Gómez de Silva, príncipe de Éboli, y gran favorito de Felipe II [3].

Sobre el nuevo cuarto del valido, al nivel del piso alto se arreglan las estancias donde va a instalarse Isabel de Borbón, el cuarto de la Reina, de momento, cuarto de la Princesa. A su extremo, las dependencias junto a la torre Bahona, puede que estuvieran ocupadas por la condesa de Altamira, hermana de Lerma, doña Leonor de Sandoval. Personaje importante en la política seguida para aislar a la reina Margarita, era desde 1603 aya de la infanta Ana. Los pagos de las obras nos recuerdan que en 1615, con Ana camino de París, todavía es allí donde duermen los infantes Carlos y Fernando, de ocho y seis años de edad. Estas libranzas se entremezclan con las de los trabajos que se llevan a cabo en las habitaciones del marqués de Velada, Gómez Dávila, un viejo servidor de Felipe II que consiguió mantenerse como mayordomo del nuevo rey, aunque para entonces ya la muerte aguardaba a su puerta. Tras su fallecimiento, cargo y aposento pasarán a don

“Olivares en palacio”

por José Manuel Barbelto

Profesor titular de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid

Los historiadores de la arquitectura estamos acostumbrados a juzgar la importancia de las obras a partir de las novedades formales que aportan dentro de una evolución atenta solo a sus propias leyes. A veces se nos olvida que la arquitectura es el marco donde se desarrolla la

Juan Hurtado de Mendoza, Duque del Infantado, quien también antes de instalarse allí necesitó o quiso hacer pequeños reparos [4].

El alcázar es un tablero de ajedrez sobre el que el juego de la política va disponiendo sus piezas. Y mucho se mueve en la corte ese año tan crucial para el futuro de su gobierno. Días antes de que Isabel de Borbón haga su entrada pública, el 19 de diciembre de 1615, se vuelve el Consejo Real al patio grande, donde antes estaba. En las habitaciones que desaloja, en el ala que mira al río, bajo el cuarto del monarca, se va a instalar otra hermana de Lerma, la condesa de Lemos, Catalina de Sandoval, recién regresada de Nápoles donde su marido ha ocupado el virreinato. Muy querida del privado, junto a ella, en estos aposentos, pasaría Lerma las amargas horas que precedieron a su salida de palacio [5].

De otra parte, en 1617 volvía a Madrid el príncipe Filiberto de Saboya, Gran Prior de San Juan, que llevaba cinco años como General de la Mar en el Puerto de Santa María, creando un nuevo problema de alojamiento. Inquieto personaje trataba de recuperar protagonismo en la corte y con el apoyo de Infantado, se le llegó a ver, tras la salida de Lerma, como un candidato a la privanza. Esta vez la cuestión se resolvió gracias a la Casa del Tesoro desocupada después de haber servido durante cinco años de refugio a las monjas de la Encarnación. Trasladadas a su nuevo convento, el 2 de julio de 1616, una serie de obras -entre ellas la pequeña escalera al jardín de la Priora, testigo después de tantos encuentros entre Olivares y el cardenal Barberini- reconvertirán la improvisada clausura en un aposento con aires palaciegos que permitirá en lo sucesivo el alojamiento de muchos distinguidos huéspedes, evitando la incomodidad y las dificultades de protocolo que suponía tener que buscarles sitio dentro del propio alcázar [6].

En 1619 la corte se puso de nuevo en marcha. El rey, los príncipes y la infanta doña María salieron rumbo a Lisboa, donde el reino de Portugal debía jurar al heredero. En el camino de regreso hacia Madrid el rey enfermó en Casarrubios, de tanta gravedad que llegó a temerse por su vida. Nunca llegaría a recuperarse del todo, aunque su precaria salud le permitiría sobrevivir hasta el 31 de marzo de 1621, cuando falleció en sus aposentos del alcázar. Inesperadamente un joven Felipe IV llegaba a sus dieciséis años de edad a instalarse en las habitaciones del cuarto del rey.

Casi podíamos decir que estrenaba palacio. Las interminables obras de la fachada por fin llegaban a término y aunque quedaba trabajo en los cuerpos altos de las torres, al menos las obras en el piso principal podían darse por concluidas. Tras la suntuosa fachada de piedra el rey disponía de una nueva y hermosa galería sobre su pequeño jardín - el llamado de los emperadores- abierto en una esquina de la plaza. Un gran salón, destinado a ser la pieza principal de aparato del edificio abre sus balcones en el centro de la fachada. Al otro lado el cuarto de la reina se ha completado con espacios similares. Acabados los trabajos llega la hora de la decoración donde el exquisito gusto del monarca, podrá complacerse holgadamente gracias a la

portentosa riqueza de las colecciones reales y al talento de quienes dirigieron los trabajos -Rubens y Velázquez. Pero nosotros tenemos que dejar ahora esta cara pública del palacio y volver a irnos hacia atrás, a buscar en sus espaldas la presencia de los nuevos hombres fuertes de la monarquía.

El primero de ellos don Baltasar de Zúñiga, que vino a ocupar los aposentos que habían sido de Lerma, al nivel del patio. Sus habitaciones se extendían por detrás de toda aquella fachada de levante hasta llegar a la torre Bahona; allí, una pequeña escalera embebida entre los muros comunicaba discretamente con el cuarto alto donde, en la crujía del ala norte, sobre los Consejos, se instaló Olivares. Recordemos que en esta planta alta la pieza de la torre Bahona era el dormitorio de los infantes cuyas habitaciones seguían luego hasta llegar al cuarto de la Reina, ocupando todo lo que era el frente oriental de palacio.

De nuevo una multitud de libranzas recogen pequeñas obras. Atajos, blanqueos, cancelos, solados, vidrieras, postigos y los pagos de la escalera que comunica los cuartos de tío y sobrino, pagos fechados a partir del verano de 1621 [7]. Aunque las cuentas vuelvan a entrecruzar las obras de Zúñiga y Olivares, quizás convendría matizar las diferencias entre sus aposentos. El de Zúñiga debía de ser ostentoso. Por lo menos en cuanto a su arquitectura, no lo sé respecto a su decoración. Cuando después se aloje allí el príncipe de Gales, será descrito como *uno de los mejores quartos de palacio* [8]. Dudo que nadie hubiera usado esas palabras para hablar de las pequeñas y laberínticas habitaciones donde vivía Olivares.

En diciembre de 1621 Zúñiga y su mujer, doña Francisca Clarut tuvieron un hijo, pero el ministro no llegó a disfrutar la alegría de verle crecer, pues falleció el 6 de octubre de 1622, con poco más de sesenta y un años de edad. Fue una pérdida sentida. La misma reina Isabel bajó a su cuarto para consolar a la viuda, y el rey ordenó que doña Francisca no saliera de palacio, permaneciendo junto a la Camarera mayor al servicio de la soberana. Olivares por su parte quedaba a cargo de los papeles del despacho convertido en principal ministro de la monarquía.

Recién estrenado en sus nuevas responsabilidades, don Gaspar se encontró con la sorpresa de ver llegar a Madrid a Carlos Estuardo, el príncipe de Gales. Entró de incógnito e informado el monarca dispuso inmediatamente las órdenes necesarias para su hospedaje, mandando al corregidor entregara 500 ducados de los consignados para la fábrica de palacio con los que remozar los aposentos que se prevenían para el príncipe [9]. Unos preparativos que postergaron su entrada pública hasta el domingo 26 de marzo de 1623. Llegados a palacio el joven rey pudo alardear ante su invitado del formidable aspecto que presentaba con la nueva fachada recién terminada. Una vez dentro, subieron a saludar a la reina: *Dióle la Reyna la bienvenida, y estuvieron hablando un poco, y luego se salieron el Rey y el Príncipe, y cruzando los corredores y patio baxaron al quarto en que estava hecho su*

alojamiento, donde le aguardavan los infantes don Carlos y don Fernando, los quales con achas delante salieron por el patio hasta mas de la mitad del, y apartandose las achas a los lados llegaron al Príncipe y haciendose todos sus cortesias y muy cumplidas reverencias, le dieron la bienvenida, y se fueron andando hasta meter al Príncipe en su quarto, adonde estuvieron un poco, y luego se volvieron a salir su Magestad y los infantes por el patio adelante, y subieron por la escalera principal al quarto de Su Magestad [10]. El maestro González Dávila apunta que el encuentro con los infantes se produjo *passando por la parte donde está el Consejo Real de Castilla*. Y la relación de Miguel Sorolla termina de precisarnos que el cuarto que se le habitó en palacio, fue el que tuvo don Baltasar de Zúñiga [11].

Los meses que siguieron tanto la ciudad como la corte rivalizaron en continuas muestras de ostentación. Y la nueva plaza Mayor, recientemente regularizada por don Juan Gómez de Mora, el arquitecto del rey, fue el escenario que acogió alguna de las más espectaculares celebraciones públicas. Teatro donde se miraba y se era visto, pues sus balcones eran todo un reflejo de la posición que cada cual ocupaba en el complejo mundo de las relaciones de poder [12].

Volviendo al alcázar. El 24 de septiembre de 1622 Felipe IV había ordenado construir a las espaldas del palacio, en el escabroso terreno que se extendía hasta las tapias de la bajada de Leganitos, una plazuela donde poder realizar ejercicios de equitación. La obra no era fácil por lo accidentado de la topografía, cruzada por una vaguada cuyas aguas se encauzaron y condujeron por la que se llamó la "alcantarilla grande". Una idea de lo que podía ir por ella nos la dan los cronistas de la Villa cuando recuerdan como en el verano de 1634, al intentar desatascarla, los 36 peones que estaban trabajando fueron arrastrados por la fuerza de las aguas -reventó la balsa que se había formado- acabando todos en el arroyo, malheridos y perniquebrados [13]. Al llegar a Madrid Carlos Estuardo la plaza estaba a medio explanar, y se ordenó apresurar los trabajos que, como casi todos por entonces, se había decidido pagara la Villa. El caso es que en julio el príncipe de Gales ya pudo asistir allí a un juego de cañas en el que participaron el rey, el infante don Carlos, Olivares y otros gentiles hombres de la cámara [14].

La visita del heredero inglés aceleró otra obra que a nosotros nos interesa. A finales de 1620, viviendo aún Felipe III se recoge un pago *para la obra del corredor que se aze para el príncipe nro. sr. sobre el quarto del consejo*. Este cuarto del consejo -al que la documentación se refiere siempre como "cuarto nuevo"- debió levantarse en los últimos años del reinado de Felipe II, cuando se registran numerosas libranzas por materiales para una obra que se ejecuta en esta parte de palacio, pero que nunca se llega a describir bien. No tenemos por tanto la certeza, pero si no fue entonces, tendría que haberse levantado entre 1608 y 1615, años de los que conservamos abundante documentación, sin que haya nada que pueda identificarse con ello. En cualquier caso, fue sobre aquel apéndice donde comenzó a construirse el corredor del príncipe, aunque el fallecimiento de Felipe III y el

consiguiente traslado de su sucesor al cuarto real, dejarían en suspenso las obras. Se retomaron precipitadamente en 1623, (como no, con cargo a la Villa), pero para entonces el corredor se había transformado en una galería, según se deduce de las condiciones dadas por el aparejador Pedro de Lizargárate. Los trabajos se aceleraron de tal manera que los maestros tuvieron a la gente *haciéndoles trabajar de día y de noche pagándoles excesivos salarios y viniendo muchos gastos extraordinarios que no los hicieron en otra parte*, gracias a lo cual las obras consiguieron acabarse a fin de año [15]. La nueva estancia era una habitación espaciosa, aunque no de mucha altura. Bien iluminada, como correspondía a su condición de galería, la tasación descuenta cinco ventanas en cada lado, el muro de poniente y el de levante, más otra en el testero de cierzo, once en total. Las condiciones especificaban que la carpintería de estas ventanas debía seguir el modelo de las que se acababa de poner en la galería de la Reina. Llevaban postigos de nogal que se pagaron al ensamblador Bautista Zapata. El techo era de bovedillas entre viguetas de madera muy próximas (52, se cuentan) y el suelo de ladrillo rosado. Las paredes llevaban un zócalo de azulejos con sus alizares; a finales de diciembre se pagaba su pintura a Julio César Semín [16]. La proverbial impaciencia del valido en ver ejecutadas las obras que emprende, se manifiesta por primera vez en la construcción de esta galería, pues todavía nos falta por decir que es desde aquí, desde este espacio, desde donde Olivares va a gobernar la monarquía.

Si podemos estar seguros de ello es gracias al maestro mayor, don Juan Gómez de Mora que en 1626 nos dejó una relación de las Casas del Rey de España que es un documento excepcional para conocer los entresijos del palacio. Sin sus planos y las anotaciones que los acompañan describiendo el destino de las piezas, todavía vagaríamos hoy perdidos entre sus estancias. Mora congela un momento de la vida del edificio. Hay evidentemente un antes y un después, pero la descripción del arquitecto es fundamental para orientarnos dentro de esta complicada geografía de espacios. En la planta alta, tras la galería del Cierzo del rey aparece la galería de Olivares. Un tabique separa la antecámara donde el valido recibe las visitas de la gran sala donde despacha. Al fondo de esta hay una habitación retirada y una escalerilla que permite el discreto acceso de sus secretarios. Unos pagos de julio de ese año abonan *las alacenas de madera para los secretarios de su excelencia el señor conde de Olivares*, y de un par de años antes conservamos el diseño para unas cajoneras trazadas por el propio Mora y destinadas al secretario Pedro de Contreras [17]. Las habitaciones privadas de Olivares y de su mujer ocupan un dédalo de pequeñas piezas dispuestas sobre la crujía norte. Muchos de estos atajos corresponderían a las libranzas recogidas en esos pagos menudos que antes mencionábamos. Es una pena que no sean más expresivas. Apenas algunos apuntes como el pago *por el paño colorado carmesí, tachuelas y otras cosas para el quarto de su excelencia* que se registra en 1622, nos revelan algo de su interior. Pero los planos de Mora sí reflejan claramente la disposición, incluso sitúan la cama

donde duerme el valido y un poco más allá, arrinconada junto al muro de la torre, la de su mujer. La condesa es aya de la infanta y desde su habitación se puede acceder directamente a la pieza de la torre Bahona, tradicional dormitorio de infantes que ahora sirve de alcoba a la infanta María Eugenia [18].

La modestia de las habitaciones donde vive la condesa no debe engañarnos. Si bajáramos por la discreta escalera abierta junto a la torre, a la otra planta, la situada al nivel de los patios veríamos como todas las estancias del ala este, han quedado ahora adscritas a su servicio o al de quienes son sus más directos familiares. Estamos en las mismas salas donde en 1623 se alojara al príncipe de Gales. Desocupadas a su partida, sirvieron el año siguiente para aposentar al Archiduque Carlos, hermano de la reina Margarita y del emperador. El tío de Felipe IV hizo su entrada pública en Madrid el 25 de noviembre de 1624, y una vez en palacio pasó junto al monarca a cumplimentar a la reina. Jerónimo Gascón relata en su gaceta como el Archiduque no consintió que el rey le acompañase de vuelta a su cuarto *que es donde se aposentó el Príncipe de Gales, y al querer bajar por la escalera principal hizo gran resistencia el Archiduque con el sombrero en la mano para que los Ynfantes no vinasen deteniéndolos y porfiando muy gran rato, y viendo que no aprovechava, les puso por delante el sereno y el ayre grande que hacía, y el estar su alteça el Ynfante don Carlos con quartanas. Pero ninguna cosa fue bastante hasta que por las escaleras y patio le dejaron en su aposento y de allí se subieron los Ynfantes por una escalera retirada al Quarto del Rey*. El pobre Archiduque no quería que los infantes enfermasen, y sin embargo fue él quien pocos días después cayó en cama, y a pesar o gracias a los cuidados de los médicos, terminó por fallecer el día 28 de diciembre, dejando consternada a la corte [19].

Así acabó aquel año. Y el siguiente empezó con la boda el 9 de enero de 1625 de doña María de Guzmán, marquesa de Heliche, única hija de Olivares. Los nuevos esposos pasaron directamente a ocupar el aposento del Archiduque difunto. Todas las habitaciones situadas bajo el cuarto de la Reina y de los infantes, desde la torre Bahona hasta la torre nueva que daba fachada a la plaza. Las mismas estancias donde habían vivido el príncipe de Gales, y antes Lerma y Zúñiga. Se entraba a mitad del patio grande, quedando hacia la izquierda, hasta la torre Bahona, unas piezas que dice Mora son para las criadas de la condesa de Olivares, pero que en realidad debía ocupar ella misma. Un oratorio en el que Carducho pintó un lienzo en que *esta una gloria de Angeles con la pintura del Dios Padre y el Espíritu Santo que esta en el oratorio de la Condesa de Olivares, en el quarto que bibia don Baltasar de Zúñiga* marcaba el inicio de las habitaciones de la hija, la marquesa, que se prolongaban por la galería de cierzo, la que detrás de la torre nueva miraba la jardín de la Reina. Allí estaba el dormitorio de los nuevos esposos, aunque el marqués tenía un acceso independiente a su cuarto situado en la planta baja de la torre –en realidad un entresuelo– con sus balcones abriendo a la misma plaza [20].

En comparación con los cuartos de sus hijos, el aposento de Olivares refleja una vida personal austera, alejada de cualquier boato. Solo la galería donde trabaja tiene un cierto interés arquitectónico. Sin embargo habría que destacar lo estratégico de su posición. Primero, está sobre los consejos, o sea en el centro mismo donde se toman las decisiones de gobierno. Y hay que recordar que nada más subir al trono Felipe IV, en 1622 se abrieron las famosas “escuchas” o pasadizos desde los que el rey podía seguir las sesiones sin ser observado. Mora los detalla en planta con bastante precisión y podemos imaginarlos con sus celosías abiertas en la parte alta de las salas, aprovechando la altura de los techos. Para acceder a ellos Felipe IV tenía que salir desde su cuarto por la galería de Cierzo y coger la escalera pasando justo por delante de la antecámara de Olivares [21].

Pero además, si continuáramos bajando por esta escalera llegaríamos hasta los llamados “aposentos bajos” o aposentos de verano de los reyes. Antes recordábamos que en toda la fachada de levante había sido preciso construir un piso de bóvedas, aquel donde estuvieron las cocinas hasta que se sacaron fuera de palacio. Pues bien, pasada la torre Bahona, en la fachada norte, la caída del terreno había obligado a hacer no una, sino dos plantas de bóvedas por debajo de las habitaciones de los consejos. Estas bóvedas carecieron de un uso concreto hasta que en 1623 se decidió arreglarlas de manera que compusieran un fresco aposento donde el rey pudiera pasar los veranos. La documentación habla de que en cada piso se arreglaron seis bóvedas, tres debajo de la crujía de la fachada norte que se acometieron primero, y tres debajo de la galería de Olivares. Eso aparte de los cuartos que dejaba en las dos plantas la torre Bahona y con los que se completaba el aposento. De momento estas habitaciones no parecen decoradas con especial lujo. Sabemos que tenían su zócalo de azulejos y que en agosto de 1623 se pagaron cinco pies de nogal según una traza de Gómez de Mora para colocar otras tantas mesas de jaspe. Además en una de las salas del piso bajo se puso una fuente con agua venida desde la huerta de la Priora [22].

Carducho en sus *Diálogos de la Pintura*, publicados en 1633, se hacía eco del esfuerzo realizado para hacer habitables los nuevos aposentos: *Vi las bovedas que se han reedificado debaxo de los planos de los patios, que tienen vistas al Cierzo, comodidad que se ha hallado para las personas Reales los Veranos, y estan aderezadas con muchas Pinturas. Admirome la fabrica, por estar compuesta de aposentos baxos, y oscuros, que estavan inhabitables, y agora es una agradable y mui comoda habitacion (tanta fuerza tiene el poder, y el Arte)* [23]. Cuando Carducho publicaba estas líneas los aposentos bajos estaban sometidos a un profundo proceso de reformas que modificaría por completo su decoración, dándoles un aspecto mucho más lujoso y sofisticado. En cuanto a la pintura que albergó, los inventarios dejan buena constancia de la calidad de las obras que los alhajaban –bastaría citar *Las Meninas*–. Además, al describir y enumerar las piezas que componen cada uno de los niveles son también un instrumento fundamental para conocer su

arquitectura, pues ningún plano de estos cuartos bajos ha llegado a nosotros. Sin embargo podemos intentar acercarnos al dibujo de su planta. Bastaría prolongar los muros de carga transversales que cruzan las dos crujías para encontrar las seis bóvedas de las que habla la documentación, las que junto a la torre, formarían las siete piezas principales de cada nivel, las mismas que parecen deducirse de la lectura de los inventarios. Más difícil es llegar a saber cual es cada una de ellas [24].

En cualquier caso Olivares consiguió algo que parecía imposible: que el rey fuera a vivir, o por lo menos a pasar temporadas bajo sus aposentos. A veces solo iba para dormir la siesta, pero tenerle allí era la oportunidad de poderle distraer. Un jardín aterrazado, llamado de los Naranjos, -evidentemente porque se llenaba de macetas con ellos-, se construyó al nivel de las bóvedas bajas. Aunque las comedias se celebraran habitualmente en el Salón, llegaron a montarse algunos espectáculos teatrales, que seguro en el jardín podían experimentar otro tipo de efectos. Como en julio de 1629 cuando se representó *Palmerín de Oliva*, bajo la dirección de [25]. También se multiplicaron los festejos de toros y cañas en la vecina plaza de la Priora. Nada más irse el príncipe de Gales se amplió, y en agosto de 1628 Gómez de Mora dio las trazas para que la Villa de Madrid, a cuyo cargo habían estado las obras, tuviera un mirador desde el que el corregidor y los regidores pudieran asistir a los espectáculos. El rey los veía un poco más arriba, desde el balcón grande, una aparatosa estructura dispuesta en el testero de la última sala de sus aposentos, la más cercana a la plaza.

En mayo de 1626 llegó a la corte el cardenal Francesco Barberini, hermano del pontífice Urbano VIII, en una visita que podíamos calificar como a medias diplomática, a medias de cortesía, y de la que conservamos un detallado diario escrito por Cassiano del Pozzo, gracias al cual podemos conocer de primera mano muchos detalles sobre la manera de despachar del valido. A Barberini se le alojó en la Casa del Tesoro, después del consabido remozamiento de las estancias que en cada ocasión era obligado y que como siempre dejó un rosario de libranzas y pequeños pagos. A los pocos días de su entrada pública visitó a la condesa de Olivares que vivía en una especie de entresuelo de madera ... que da a la galería del patio. Bajó después al apartamento de la marquesa de Heliche, que estaba casi al nivel del patio y era bastante bueno, sobre todo la estancia para la audiencia, donde se sentaron. El Conde-Duque, que no quería recibir visitas del cardenal para no hacer sombra a los grandes, tardó unos días en presentarse. Lo hizo el 8 de junio, por la noche, llegando por el jardín de la Priora, hasta el que descendía una escalerilla desde la casa del Tesoro. Tras pasear un rato por los jardines, ambos personajes montaron en una carroza donde les esperaba el secretario Antonio Carnero, y bajaron hasta la Casa de Campo despachando los asuntos de estado. El paseo nocturno en coche, saliendo por la puerta de atrás de la Priora al camino de Leganitos para bajar hasta las orillas del río o cruzar a la Casa de Campo, se repitió durante los

días siguientes, aunque uno de ellos, el 17 de junio, sabemos que la salida fue a caballo y solo por los jardines [26].

Aparte de estos paseos, Cassiano nos da cuenta de la fiesta que Olivares organizó para el legado el 22 de julio. Después de la comida, Barberini descendió a la bóveda o bóvedas del palacio para poder ver desde allí una carrera de sortija ... en la placita que llaman de la Priora ... Los jueces de la carrera eran el señor conde de Olivares, el marqués del Carpio y el marqués de la Hinojosa que estaban sobre un balcón que desde una de las últimas estancias de las bóvedas da a la dicha placita de la Priora. En ese mismo balcón se encontraba el señor Cardenal [en] una silla, así como los prelados [27].

Una semana después de esta fiesta, la corte despertaba con la noticia del fallecimiento por sobrepeso la marquesa de Heliche. Barberini que, advertido, siguió en vela sus últimas horas, al conocer el fatal desenlace fue por el pasadizo a palacio y de allí a través de las galerías hasta el cuarto de la condesa de Olivares que se encontraba acostada ... Encontró [con ella] a la marquesa de Alcañiz con ambas se condeñó y al despedirse, en vez de dirigirse hacia la puerta giró hacia una pequeña galería que une aquel apartamento con el del conde de Olivares, que se encontraba en una estancia alargada que era mas bien sala, al fondo de la cual estaba despachando negocios con el secretario Carnero. Entró sin avisar el señor Cardenal y el conde salió enseguida a recibirle y ambos se abrazaron afectuosamente. Después el señor Cardenal con todo el sentimiento que fue capaz de expresar lamentó la pérdida que había sufrido su excelencia y conversaron durante largo rato. El señor Cardenal (sic. Conde) se mostró fuerte y resignado con respecto a este episodio, [y] a continuación, con su muleta a la espalda, acompañó al cardenal a través de todas las dichas salas que le sirven de librería y antecámara. ¡Qué escena! Acaba de morir su única hija, después de abortar, lo que termina con cualquier esperanza de sucesión del Conde-Duque, y en medio del dolor y la consternación general encontramos al valido en su galería, trabajando. Hay veces que basta una pincelada para entrever los rasgos más profundos del carácter.

Pocos días después Barberini se fue. Y Olivares debió sentirlo, pues parece que ambos congeniaron. Si no, no se explica la frecuencia de sus encuentros. El 9 de agosto, con su habitual paseo en carroza por el jardín, disfrutando el frescor de la noche, los dos personajes se despidieron. El cardenal, siendo ya las nueve y media, subió por el jardín a través de los aposentos del piso bajo de su Majestad llamadas bóvedas y a través de sus escaleras al nuevo apartamento de la condesa ... habiendo abandonado esta aquel que fuera [de] su hija la marquesa, para no avivar el dolor de su pérdida y se entretuvo allí un tercio de [28].

La presencia del cardenal, la muerte de su hija, reavivaron los sentimientos religiosos de Olivares. A finales de ese mismo año de 1626 comenzó la construcción de un nuevo oratorio para su uso personal. Un documento habla de él como situado encima de la cocina de boca del rey y otro de la compra de tres ventanas grandes de quarterones para el oratorio y aposentos de su exca. el sr. conde de Olivares que se hizo en el patio de la tapicería junto a la

galería del cieço ... y cinco ventanas pequeñas y ocho postigos. Todo parece indicar que el nuevo oratorio, para el que se habilitó incluso una pequeña sacristía, se dispuso en la pieza retirada situada al fondo de la galería del valido. Los pagos hablan de la construcción de una grada y un altar. Además al escultor Antonio de Herrera se le encargó un aparador con sus molduras y compartimentos con sus caxones de quatro pies de alto y tres y un quarto de ancho para encerrar la plata del oratorio de Su Exca. el Sr. Conde Duque en el alcazar desta dicha villa en 440 rs. = Y un sitial de nogal de ocho pies de largo y dos y medio de alto con nueve cajones dibididos para poner libros en el dicho oratorio [29].

Olivares se refugia en sus aposentos. Los hace más suyos. El gusto por la compañía de las aves siempre se ha citado para acercarnos a su mundo más privado. Parafraseando a Gracián, el Conde-Duque parecía preferir el gorjeo de sus trinos a los maullidos de los cortesanos [30]. Conocemos el enorme jaulón del Retiro que terminó por hacer popular el nombre de "gallinero" para referirse al palacio. En el alcázar también construyó junto a sus aposentos varias pajareras. Algunas debieron de ser de considerable tamaño como la que estaba ya construida en 1627, para cuya cubrición se necesitaron ¡645 tejas! Y al acabar el año siguiente se pagaban las redes (106 varas, que son también muchas varas) para los dos jaulones que de muevo se hicieron en el juego de la pelota para las palomas de su excelencia. Desde luego a Olivares le gustaba estar entre sus palomas. Es solo una anécdota de la que tampoco conviene sacar otras consecuencias, pero sabemos que Zúñiga tuvo un puercoespín, el pago de cuya jaula quedó también registrado en la documentación de las obras [31]. Volviendo a los jaulones construidos para el valido: Azcárate recoge un pago efectuado al pintor Ángelo Nardi en 1628 a cuenta del jaulon que se ha de hacer sobre el juego de la pelota en el quarto del Conde Duque [32]. Ese mismo año se le pagaba pintar de blanco la armadura del aposento que su Magd. be jugar, armadura que acababa de volver a levantarse en unas obras que afectaban tanto a este aposento como al pasadizo que llevaba hasta él.

Fue siendo todavía príncipe Felipe III cuando se construyó el juego de pelota bajo el murallón que cerraba el antiguo jardín Trastámara. Poco debió utilizarse entonces, y al regreso de la corte de Valladolid no tenemos constancia de que necesitara obras o reparaciones. Después de 1621, sí menudean pequeños reparos, normalmente en el pasadizo. Pero pasado el verano de 1630 un importante conjunto de libranzas deja claro que entonces se reconstruyó por completo, en unas obras que se prolongaron hasta el verano siguiente. Jerónimo de Villanueva, el protonotario de Aragón, libró para ello una cuantiosa partida de dinero que puso a disposición del marqués Juan Bautista Crescencio nuevo superintendente de las obras reales. Sin embargo, sólo dos años después de terminadas las obras, en 1633, se cayó parte del paredón, arrastrando la armadura, y hubo que rehacerlo todo casi por completo [33]. Quizás fuera mala suerte, pero este parece ser el sino de alguna de las obras tan precipitadamente levantadas por

Olivares, porque no fue muy distinta la suerte del vecino picadero.

Se trataba de una vasta estructura abierta en el testero de la plaza de la Priora, frente al jardín de los Naranjos, construida para que los jinetes pudieran ejercitarse a resguardo de las inclemencias. A finales de 1626 se fechan las primeras libranzas para los cimientos, el edificio se levanta en 1627, y a principios de 1628 se ultiman los remates. Su disposición era parecida a la del juego de pelota. Si allí la construcción apoyaba sobre el murallón del patio o jardín de Cierzo, aquí lo hacía sobre el que salvaba el desnivel entre la huerta de la Encarnación y la plaza. Lo que quiere decir que no tardaron en reproducirse los problemas. El muro se desplomaba empujando las amaduras y poniendo en serio riesgo todo el edificio. Lo describía el propio rey en 1634, cuando pedía a la Villa corriera con los reparos: *El picador que se abrió en la Priora esta con gran riesgo por el daño que reciben sus paredes del agua que se vierte desde la huerta de la Encarnación y las penetra* [34]. A partir de entonces su historia es un continuo sobresalto de ruinas seguidas de apresurados remiendos. Y lo curioso es que a pesar de ello, el viejo picador de la Priora lo aguantó todo. Fue el último resto del alcázar que quedó en pie. Sobrevivió al incendio, sirvió de almacén y taller de escultores en las obras del palacio nuevo, Sabatini lo incorporó a las caballerizas y junto a ellas llegó hasta 1931 cuando fue demolido para dejar paso a los jardines que hoy llevan el nombre del arquitecto de Carlos III.

Volviendo al mundo de Olivares, una última cosa nos queda por recordar. Cuando recorriamos los aposentos de la planta alta del alcázar hemos pasado por alto un pequeño espacio que Gómez de Mora separa con una línea de puntos al final de la galería del Cierzo. En la relación nos dice que allí tiene uno de los pintores el obrador y en él asiste de ordinario. Donde acaba el cuarto del rey, junto a la puerta que va a dar paso a la galería del ministro, se ha instalado el taller de Velázquez. El pintor favorito del monarca. El pintor protegido del valido. Aquel que con sus pinceles dejará el mejor registro del reinado. Para entonces está consolidando su carrera que dará un paso decisivo con la llegada a Madrid de Rubens en agosto de 1628. Nueve meses va a permanecer en la corte el pintor flamenco. Y sin embargo su presencia no deja prácticamente huellas en la documentación de las obras, aunque se sintiera tan intensa y decisivamente en la decoración de las estancias reales, sobre todo en la del gran salón de los Espejos que centra la fachada principal del alcázar. No se trata de un salón más. Después de las intervenciones de Velázquez y Rubens este espacio es un lugar donde todo refleja la majestad del rey. Un espacio meticulosamente alhajado para poner fondo a la monarquía como institución. No sabemos que responsabilidad tuvo Olivares en estos cambios, ni con qué ojos los miraría. Hay una especie de dislocación entre el mundo del valido con sus construcciones improvisadas, arracimadas desordenadamente en la trasera de palacio y la imagen institucional de la monarquía que se va haciendo cada vez más rígida y envarada, tras el

severo orden de la nueva fachada y entre la deslumbrante decoración del salón. Atrás, atalayado en las espaldas de palacio, el Conde-Duque parece ajeno a todo esto, como si quisiera dejar claro que su relación con el soberano es distinta, fuera de los estereotipados clichés de la corte. Se mueve en otra esfera, donde la devoción al monarca se manifiesta en claves distintas, que hacen inseparable su trabajo en el gobierno de la monarquía y el deseo de proporcionarle todo aquello que pueda satisfacer su entretenimiento privado.



Velázquez, La lección de equitación del Príncipe Baltasar Carlos, Londres, Duque de Westminster

De proyectar a otra escala lo anticipado en el alcázar, nacerá después el Retiro. Con toda su improvisación, con todo su desorden, y sin embargo, con su fascinante atractivo. Pero esa es ya otra historia. Podríamos sin embargo terminar dejando una imagen en nuestros ojos. La de un lienzo de Velázquez, la *Lección de equitación del Príncipe Baltasar Carlos* [imagen anterior]. La acción se desarrolla en el nuevo palacio y el Olivares que vemos es una persona envejecida que quizás vive sus últimos días al servicio del soberano. Ni son los años que hemos tratado, ni estamos en el alcázar. Pero ¡cuántas escenas como esta se darían en la plaza de la Priora! Cuántas veces el ministro acompañaría al príncipe o a los infantes en sus ejercicios equestres mientras el rey, asomado al balcón grande de su aposento contemplara complacido la escena. Aunque la etiqueta resta naturalidad a los gestos, el lienzo de Velázquez tiene la capacidad de transmitir una atmósfera de intimidad sin la que no podríamos entender la compleja relación del rey con su ministro. Ni seguramente la verdadera importancia de ninguna de las obras que hemos tratado.

NOTAS:

[1] Reclamaciones de los maestros responsables de la obra sobre las pérdidas que les producía el no poder hacer ruido antes de esa hora en AHN. Consejos 53.177. También allí puede encontrarse abundante documentación sobre las molestias producidas al tener que despejar la plaza para ocasiones solemnes, como por ejemplo la entrada de Isabel de Borbón.

[2] La información procede de *Gascón de Torquemada, Gaceta y nuevas de la corte de España*, ed. Madrid 1991, aviso del 4 de noviembre de 1614

[3] Cuando en 1561 llegó la corte, el ala de levante que cerraba el patio nuevo, acababa de terminarse. En las bóvedas bajas se habían instalado las cocinas, pero su actividad hizo irrespirable el ambiente en el cuarto de la Reina, como se desprende de una nota de Hoyo. El secretario pensaba que esa era la causa mas segura del mal olor, pero que también podía deberse a la suciedad que desde el aposento de Ruy Gómez se echaba a la cava. Al final Felipe II acabaría trasladando las cocinas a un edificio fuera del alcázar AIVJ, env. 61 fol. 444. Hoyo al rey, 3 de noviembre de 1565

[4] Hay numerosas libranzas de todos estos trabajos en AGP. Cajas 9386 y 9387

[5] La fecha de la vuelta de los consejos a sus antiguas habitaciones en Gascón de Torquemada, aviso del 14 de diciembre de 1615. Las obras en los aposentos de la condesa de Lemos, en las piezas que fue consexo real en el patio pequeño del dicho alcázar, en AGP 9387 exp. 4, libranza del 10 de septiembre de 1616. Respecto a la relación de Lerma con su hermana véase A. Feros, *El Duque de Lerma*, Madrid 2002

[6] AGP. Caja 9388 expte. 9. Un corredor, el pasadizo, comunicaba la Casa del Tesoro con palacio permitiendo un discreto acceso. Los huéspedes estaban a todos los efectos fuera del alcázar, pero podían llegar privadamente hasta sus patios. El 18 de mayo de 1619, con el rey en Lisboa, el príncipe Filiberto dejó la corte camino de Italia

[7] AGP. SA, leg. 710

[8] Francisco de Lyra, "Entrada en público del Príncipe Carlos de Inglaterra" en *Relaciones de actos públicos celebrados en Madrid (1541-1650)*, J. Simón Díaz (ed), Madrid 1982

[9] El rey a don Juan de Castro y Castilla, 23 de marzo de 1623. AV. ASA. 4-334-6

[10] Gerónimo Morillo, "Relacion del gran recibimiento que la Magestad Católica del Rey nuestro Señor don Felipe III hizo al Principe de Gales", J. Simón Díaz (ed.), *op.cit.* Sobre la favorable impresión que causó la nueva fachada del palacio en el séquito inglés, véase P. Shaw Fairman "El Madrid y los madrileños del siglo XVII según los visitantes ingleses de su época" en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, T. I, 1966

[11] Gil González Dávila, Teatro de las grandezas de la Villa de Madrid, Madrid 1623, y Miguel Sorolla, "Relacion de lo sucedido en esta corte sobre la venida del Principe de Inglaterra", J. Simón Díaz (ed.), *op. cit.*

[12] Sobre la venida del Príncipe de Gales puede verse la recopilación de A. Samson, *The Spanish Match. Prince Charles's Journey to Madrid 1623*, Aldershot, Hampshire 2006, y en particular, para lo que aquí más interesa las contribuciones de David Sánchez Cano y Henry Ettinghausen. De la ocupación de los balcones en la plaza Mayor me ocupé en J.M. Barbeito, "El manuscrito sobre Protocolo y Disposición en los Actos Públicos de la Biblioteca de Palacio", *Reales Sitios*, n° 163, 2005

[13] Gascón de Torquemada, *op. cit.* Aviso del 28 de agosto de 1634. Las cartas de los jesuitas elevaban a 48 el número de los accidentados Memorial Histórico Español, T. XIII, Madrid 1861-1865.

[14] Los pagos para la construcción de la plaza en AV. ASA. 1-161-11. Sobre los festejos, A. Gómez Iglesias, "La plaza de toros y el mirador de la Villa de Madrid, sitos en la huerta de la Priora", Villa de Madrid, VIII, 1971, y F. López Izquierdo, "Toros en la Priora", Villa de Madrid, XIII, 1975. Las cañas del 2 de julio en Gascón de Torquemada, *op. cit.* El propio Gascón cuenta divertido lo sucedido en otras cañas, el 29 de noviembre, Lloviendo a cántaros tuvo el rey juego de cañas en la plaza nueva que a hecho en el Parque deaxajo de las ventanas del Cierzo... No quiso entrar su Magd. sino ver mojar muy bien a los que la jugaron.

[15] El grueso de la documentación sobre la construcción de la galería, condiciones, posturas, liquidación de la obra etc. en AV. ASA. 1-161-15 y AV. ASA. 4-334-6 de donde se extrae la primera cita.

[16] Al ser costeadado por la Villa la medición también quedó recogida en los libros de Lizargárate que se utilizaron en el proceso por estas obras y que hoy están en AHN. Consejos 53.177

[17] AGP. SA, leg. 710 para las alacenas y AGP. caja 9390 expte. 4 para las estanterías del secretario Contreras.

[18] La cita de AGP. SA, leg. 710. El álbum de Gómez de Mora en la Biblioteca Apostólica Vaticana, Barberini Lat. 4372. Una transcripción de las anotaciones del arquitecto figura en Juan Gómez de Mora (1586-1648), ed. a cargo de Virginia Tovar, Madrid 1986

[19] Gascón de Torquemada, *op. cit.*

[20] J.M. de Azcárate, "Algunas noticias sobre pintores cortesanos del siglo XVII" en Anales del Instituto de Estudios Madrileños, T. VI, 1970. Gascón de Torquemada recuerda como desde estos balcones vieron tres años antes el Príncipe de Gales y su séquito la procesión del Corpus. Aviso del 15 de junio de 1623.

[21] Para las circunstancias políticas que rodean la privanza de Olivares es indispensable, J.H. Elliott, El Conde-Duque de Olivares, Madrid 1990. Aparte de la escalera principal del rey, para la que se conservan pagos del chapado, balaustres, etc... había otra escalera pequeña que bajaba directamente desde el patio, junto a la entrada de los consejos. Libranzas en AGP. SA, leg. 710 y AGP. Caja 9390 exptes. 4 y 5, todas ellas correspondientes a la segunda mitad de 1624

[22] AGP. Caja 9390, exp. 7. El pago de los azulejos en AGP. SA, leg. 710, libranza del 8 de junio de 1623

[23] Vicente Carducho, Dialogos de la Pintura, ed. F. Calvo Serraller, Madrid 1979. Las obras de 1633 en AGP. SA, leg. 710. Fueron medidas y tasadas por Carbonel, aunque las libranzas las firma todavía Gómez de Mora

[24] Véase Y. Bottineau, "L'Alcazar de Madrid et l'inventaire de 1686" en Bulletin Hispanique, la parte que corresponde a los Cuartos Bajos en el tomo LX nº 3.

[25] No he encontrado esta comedia entre los trabajos de Lotti que recoge M.T. Chaves Montoya, El espectáculo teatral en la corte de Felipe IV, Madrid 2004. Hay numerosos pagos en AGP. SA, leg. 5208 y también los de las macetas para los naranjos.

[26] A. Anselmi (ed.), El diario del viaje a España del cardenal Francesco Barberini escrito por Cassiano del Pozzo, Madrid 2004. Gómez de Mora desplegó una gran actividad al servicio del séquito del Legado. Consecuencia de ello fue preparar la Relación de las Casas que tiene el

Rey, antes citada, y que hoy se encuentra en la Biblioteca Apostólica Vaticana.

[27] A. Anselmi (ed.) *op. cit.* La marquesa de Heliche falleció la noche del 29 al 30 de julio. El 16 de agosto, su viudo don Ramiro Núñez de Guzmán era nombrado duque de Medina de las Torres con grandeza de España.

[28] A. Anselmi (ed.) *op. cit.* El valido dejó la corte en la tarde del día siguiente, camino de Valencia.

[29] La presencia de las ventanas descarta que las libranzas se refieran al oratorio de sus habitaciones privadas, que era interior. AGP. SA, leg. 5208. Marañón, al margen de lo que confirma esta documentación, ya se hacía eco de como, después del fallecimiento de su hija, se había intensificado la devoción del Conde-Duque. Véase G. Marañón, El Conde-Duque de Olivares, Madrid 2006 (1936)

[30] Baltasar Gracián, El Criticón, Segunda Parte, Crisi Tercera, Madrid 1653 (ed. Santos Alonso, Madrid 1996)

[31] AGP. SA, leg. 5208

[32] J.M. Azcárate, *op. cit.*

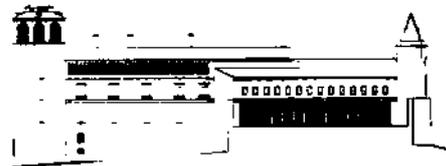
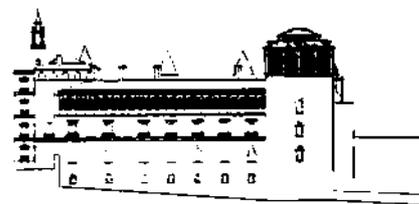
[33] Los trabajos en el pasadizo y el aposento del rey en AGP. S. Administrativa 710, las libranzas de la reconstrucción en AGP. Caja 9391. La relación del hundimiento de 1633 se recoge en uno de los manuscritos de sucesos que guarda la Biblioteca Nacional, BN. Mss 9404 y las libranzas de los reparos, que pagó la Villa, en AV. ASA 1-161-55

[34] La cita es de AV. ASA 1-162-26. El grueso de la documentación en AV. ASA 1-161-27. Duplicados de algunos pagos en AGP. SA, leg. 5208

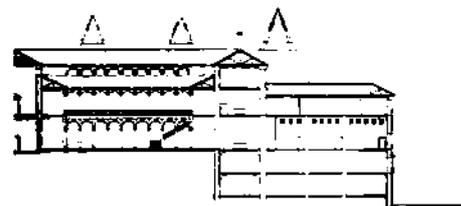
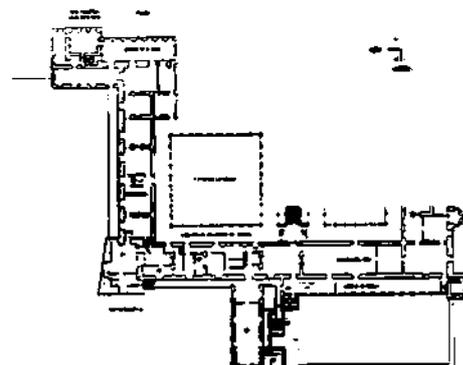
APÉNDICE:



Fachada este del alcazar tal como se encontraba en el reinado de Felipe IV, con la plaza de la Priora y el Picadero. El monarca falleció en su dormitorio de la torre Bahona, en el Aposento bajo de Verano, el 17 de septiembre de 1665



Las fachadas del alcazar como se encontraban a la muerte de Felipe II. Arriba la fachada a levante hacia la huerta de La Priora y abajo la fachada norte o de Cierzo. De esta última solo conservamos una imagen, del remado de Carlos II, cuando estaba ya muy transformada, pero dada la continuidad que puede observarse en el plano de Vega y Covarrubias en el tratamiento de las nuevas crujeas que cerraban el patio de la Reina, no hay por qué pensar que la imagen exterior fuera diferente en ambas fachadas. Ya hemos dibujado cerrada la galería de Cierzo, sobre el corredor; una de las primeras obras solicitadas por Felipe II, antes aún de instalarse en Madrid. En cuanto a la galería de remate de la torre Bahona vio interrumpida sus obras con la marcha de la corte y no se terminó hasta 1614.



En la sección puede verse arriba la galería de Olivares, por debajo de ella los Consejos con las "escuchas" del rey, y luego los dos pisos de bóvedas. La planta representa el piso alto del alcazar con los aposentos del conde y de la condesa de Olivares

21 Aposento en que tiene uno de los pintores el obrador y en el asiste de ordinario 84 Puerta que entra al aposento de su Magd. por la galería de Cierzo 22 Escalera por donde baja el rey al aposento de las bóvedas 75 Entrada del cuarto del Conde de Olivares 81 Galería 82 Aposento retirado 85 Dormitorio 68 Dormitorio de la condesa 61 Aposento de la Infanta